

LA DIGNIDAD DEL CUERPO HUMANO

Introducción

El cuerpo humano es elemento constitutivo de nuestra personalidad. Se nos ha dado junto con el don de la vida. Por medio de los sentidos corporales, entramos en contacto con el mundo que nos rodea. Podemos disfrutar paisajes maravillosos, percibir sonidos y melodías, experimentar el bienestar y el dolor. El cuerpo nos permite, sobre todo, comunicarnos con los demás. El cuerpo es la expresión de nuestra personalidad. La medicina y la biología nos han permitido conocer con asombro el funcionamiento maravilloso de los diferentes órganos que hacen posible nuestra existencia. En él experimentamos nuestra grandeza, y al mismo tiempo nuestra fragilidad e imitación. Vivimos en nuestro cuerpo, pero somos más que nuestro cuerpo.

El tema del valor y dignidad del cuerpo humano se plantea como prolongación y consecuencia del valor y dignidad del hombre, que de manera más o menos explícita encontramos en las diferentes épocas y culturas. Para Platón, el hombre es un espíritu aprisionado temporalmente en su cuerpo. Aristóteles concibe al hombre como animal racional, esto es, un cuerpo animado y dirigido por su capacidad racional. Basado en él, Tomás de Aquino hablará del hombre como espíritu encarnado, síntesis entre el mundo material y el espiritual. Para Descartes, somos "res extensa", seres que existimos en nuestros parámetros materiales. Para Sartre, el cuerpo es lo que limita nuestra existencia. Este breve panorama nos permite asomarnos a la complejidad en torno a la comprensión del hombre y de su cuerpo. Surgen preguntas inevitables en torno al valor y dignidad de la vida, el respeto al propio cuerpo y al de los demás, el sentido de la sexualidad, la estética, el cuerpo humano y arte, la bioética, por mencionar algunos.

En este artículo, trataré de exponer la visión cristiana sobre el cuerpo humano. El cristianismo es más que una teoría o ideología. Es un estilo de vida que orienta e ilumina todas las dimensiones de nuestra existencia. La fe no pretende proporcionarnos un conocimiento científico sobre nuestro cuerpo, sino más bien iluminar nuestra existencia para ayudarnos a encontrar las respuestas que se nos plantean en el día a día. El cristianismo no ofrece sólo unos contenidos teóricos, ni pretende cuestionar o competir con el conocimiento valiosísimo que nos ofrecen las ciencias. Aprecia, valora, estimula toda la actividad científica y filosófica legítima. Pero su aportación específica es la de ofrecer criterios y pautas que guíen nuestro comportamiento de acuerdo con nuestra dignidad como personas. Estos criterios se fundamentan en la revelación de Dios por medio de su Palabra y sobre todo de la vida de su Hijo, Jesús. Por eso, haré referencia a varios pasajes de la Biblia, a algunos documentos del Magisterio de la Iglesia y a varios escritos del Papa Juan Pablo II, para quien este tema revestía especial importancia.¹



Javier Mariana T.
Escuelas de Medicina
y Ciencias de la Familia, UFT

El relato de la creación

El texto principal en el que se inspira la antropología cristiana y que, por su especial belleza, también ha sido fuente de inspiración de importantes obras de arte, son los primeros capítulos del libro del Génesis.

Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra.

Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó.

Y bendijolos Dios, y dijoles Dios: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.»²

Y un poco más adelante encontramos un segundo relato complementario:

Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.³

En un estilo alegórico, propio de la época en que fue escrito, nos ofrece una bellísima narración con la que el autor sagrado quiere transmitir su mensaje. La intención y el objetivo del autor no es la de ofrecer una explicación científica sobre el origen del mundo, de la vida y del hombre. Las ciencias (medicina, biología, etcétera) nos ofrecen explicaciones descriptivas sumamente valiosas sobre el cuerpo humano. Los escritos de la Biblia se sitúan en otro nivel, en otra dimensión. No pretenden explicar ni describir el funcionamiento del cuerpo humano, ni elaborar una teoría sobre el origen del universo. No quieren respondernos al cómo es el cuerpo humano, sino al por qué y para qué.

El mensaje central de este pasaje bíblico es que el universo ha sido creado por Dios con su inmensa sabiduría y bondad, y el hombre es el culmen de la creación, la obra maestra de Dios. Mediante la alegoría de la figura de greda sobre la que Dios infunde su aliento de vida para crear al primer hombre, el autor quiere expresar de manera sencilla el misterio que entraña la vida de cada ser humano. Mientras va presentando las diferentes etapas de la creación del cosmos (la luz, la tierra, el mar, las plantas, los animales) de manera continua y progresiva, la creación del hombre rompe esta continuidad y se sitúa en otro plano. Dios se detiene, y tras un momento de reflexión, decide crear un ser a su imagen y semejanza.

Aparecen así las dos verdades esenciales sobre el ser humano: *es una criatura que ha llegado a la existencia gracias a la sabiduría y la bondad creadoras de Dios; y ha sido creado a su*

imagen y semejanza. Cuando el autor sagrado va describiendo la creación del universo, tras cada etapa concluida añade la frase: "y vio Dios que era muy bueno". Efectivamente, todo lo que existe, todo lo que encontramos en nuestro mundo, participa en la bondad de Dios. Pero en el caso del hombre, esta participación es especial. No sólo se dice que es bueno, sino que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. El hombre comparte con el resto de la creación su realidad corpórea, su organismo físico. *Existe en su cuerpo, pero es mucho más que su cuerpo.* El hombre no se puede reducir a su realidad material. Tiene una interioridad, una naturaleza espiritual que se expresa en su inteligencia, su voluntad, su libertad y su conciencia. *Precisamente radica en esta naturaleza espiritual su semejanza con Dios.* Por eso mismo, nuestra naturaleza espiritual nos distingue cualitativamente de todos los demás seres, incluso de los que en la cadena evolutiva presentan una mayor semejanza morfológica con la especie humana.

Como vemos, este breve texto, a través de su aparente simplicidad, encierra un denso contenido. De hecho, es la base de lo que llamamos antropología cristiana, fuente de inspiración de los pensadores cristianos, desde Agustín hasta el Papa Benedicto. *El hombre es unidad sustancial de cuerpo y alma; espíritu encarnado.* El cuerpo, el propio cuerpo y el de los demás, es componente esencial de la persona humana, y no podemos menospreciarlo, cosificarlo, usarlo como instrumento mediático. Por medio del cuerpo, expresamos nuestra interioridad, entablamos la comunicación con las demás personas. Nuestros sentidos corporales son las ventanas que nos permiten interactuar con nuestro entorno, y por medio de ellos alcanzamos el conocimiento de la realidad. El cuerpo humano es transparencia de nuestra dignidad personal.

La antropología cristiana aprecia y valora la altísima dignidad del cuerpo humano, y rechaza enérgicamente toda concepción negativa que lo infravalore o rebaje. Con esa misma energía, rechaza también la mentalidad materialista y consumista que, en la práctica, idolatra el cuerpo humano, y reduce la persona a su dimensión física. El hombre existe en su cuerpo, pero es mucho más que su cuerpo.

La narración de la creación del hombre concluye con las palabras que el Creador dirige al hombre, y que son a la vez una bendición y un mandato: *creced, multiplicaos y dominad el universo entero.* El Creador nos confía toda la creación, nos coloca en el centro, para que hagamos del cosmos que nos rodea un escenario acorde con nuestra dignidad. De alguna forma, nos permite ser quienes culminemos su obra creadora. Pone en nuestras manos los inmensos recursos de la naturaleza como medios para que nos realicemos de manera digna. Así, todos los seres creados se convierten en medios para que el hombre alcance sus objetivos. Los recursos naturales, los mismos animales, se nos han confiado para que hagamos un uso racional que nos ayude a llevar una existencia más digna. *Pero las personas son fines*

en sí mismas, y como tales merecen un respeto incondicionado, contrario a toda forma de instrumentalización y manipulación, de abuso y violación.

Dimensión relacional y sexualidad humana

Es muy interesante el estilo sobrio y respetuoso con el que el texto del Génesis introduce el tema de la sexualidad.

Dijo luego Yahveh Dios: No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada.

Y Yahveh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera.

El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró una ayuda adecuada.

Entonces Yahveh Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne.

De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre.

Entonces éste exclamó: Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.⁴

El punto de partida es la reflexión que se hace el Creador: No es bueno que el hombre esté solo. Esta soledad que enuncia Dios es constatada por el mismo hombre de dos maneras. El hombre se siente solo frente a los demás seres. Cuando Dios hace pasar delante del hombre a todos los animales para que él, señor de la creación les ponga nombre, (es una manera de expresar su dominio), se da cuenta del abismo que lo separa de todos ellos. A pesar de las aparentes semejanzas, el hombre se diferencia abismalmente de los demás seres creados, y esto gracias a su naturaleza espiritual. Esta soledad originaria que experimenta el primer hombre es, en el fondo, el sentido de trascendencia que acompañará a los hombres de todas las épocas a lo largo de la historia. La soledad existencial del ser humano, frontera entre el mundo visible y el invisible.

Además de esta soledad de la especie humana frente al resto de la creación, el texto nos presenta lo que podemos llamar la soledad de género: el hombre varón se reconoce como incompleto, hasta que el Creador lo sume en un profundo sueño y le extrae una costilla con la que forma la primera mujer, Eva. De nuevo, este texto recurre al estilo alegórico para transmitirnos su mensaje sobre la dignidad del hombre y de la mujer. Ambos tienen igual dignidad como seres humanos. La primera reacción del hombre al contemplar a la mujer es de admiración y profundo gozo: ésta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos. El hombre ha encontrado en la mujer su otro "yo", el único ser en el que se complementará. La diferenciación sexual se presenta así como

superación de la soledad del ser humano, como respuesta a la tendencia innata a la apertura hacia los demás que experimenta todo ser humano. Aparece así un nuevo rasgo de la semejanza que el ser humano, hombre y mujer, tiene con Dios: su capacidad de vivir en comunicación con los demás, de entablar relaciones interpersonales con otras personas. El ser humano aparece de esta manera como un ser semejante a Dios por su espiritualidad (animal racional), pero esta semejanza se manifiesta también, y quizás de una manera más profunda, por su capacidad para vivir en comunión con los demás (ser relacional). Nuestra semejanza con Dios no nos asemeja a una Persona aislada que desde su soledad rige el universo, sino más bien a un ser que esencialmente es comunión de vida, y de la fecundidad de esa comunión divina emerge todo lo que existe.

El hombre es imagen de Dios sobre todo por su estructura relacional. Estamos orientados a la comunicación y comunión con los demás. Sólo alcanzamos nuestra realización, nuestra plenitud, cuando nos donamos sinceramente a los demás. Nuestro cuerpo es la expresión y el medio por el que se lleva a cabo esta comunicación y comunión, que manifiesta la llamada, la vocación al amor como sentido de nuestra vida. Toda relación y comunicación humana, en cierta forma, participa y expresa esa orientación a la comunión con las demás personas. La sexualidad humana adquiere su razón de ser en este ámbito relacional. La expresión más plena de esta vocación al amor y a la comunión, se realiza en la unión conyugal entre el hombre y la mujer.

La sexualidad aparece así como un rasgo importante de la persona que va más allá de su aspecto somático. La masculinidad y feminidad expresan la mutua complementariedad entre el hombre y la mujer. La diferencia sexual expresa la esencial apertura del ser humano hacia los demás, que le llevará a la comunión íntima con la pareja de su vida, por la que los dos se convertirán en una sola carne. *El cuerpo humano expresa la trascendente dignidad de la persona humana orientada a la apertura y comunión con los demás.* Toda comunicación interpersonal debe reflejar ese carácter humano no susceptible a ningún tipo de rebajamiento ni alienación. De manera especial, la unión conyugal auténticamente humana debe expresar esa comunión personal en la que se realiza la mutua complementariedad entre el hombre y la mujer. La sexualidad, creada y querida por Dios, es buena en sí, bendecida por Él. Orientada a la unión mutua y a la procreación.

Integridad, desnudez, inocencia y pudor

Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, sin avergonzarse de ello.⁵

Esta frase tiene un significado importante para la teología del cuerpo. El hombre y la mujer, tal como fueron concebidos por el Creador, experimentan su propio cuerpo y el cuerpo de su

pareja exentos de toda forma de maldad y de vergüenza. De nuevo descubrimos en este texto una verdad importante sobre nuestro tema expresado metafóricamente con palabras sencillas. El autor sagrado nos describe el estado privilegiado en el que se encontraron las primeras personas según el proyecto original del Creador. Muchos siglos de reflexión teológica nos han ayudado a atisbar esta situación privilegiada, que de alguna forma añoramos todos, e insinúan otras culturas y religiones. El Catecismo lo expresa de esta manera:

El primer hombre fue no solamente creado bueno, sino también constituido en la amistad con su creador y en armonía consigo mismo y con la creación en torno a él; constituidos en un estado "de santidad y de justicia original". Esta gracia de la santidad original era una "participación de la vida divina". La armonía interior de la persona humana, la armonía entre el hombre y la mujer, y por último, la armonía entre la primera pareja y toda la creación, constituía el estado llamado "justicia original". El "dominio" del mundo que Dios había concedido al hombre desde el comienzo, se realizaba ante todo dentro del hombre mismo como dominio de sí. El hombre estaba íntegro y ordenado en todo su ser por estar libre de la concupiscencia, que lo somete a los placeres de los sentidos, a la apetencia de los bienes terrenos y a la afirmación de sí contra los imperativos de la razón.⁶

La naturalidad y armonía con que el hombre y la mujer podían convivir desnudos sin sentir vergüenza, expresan la bondad y la dignidad original del cuerpo humano, según el proyecto de Dios.

Significado esponsal del cuerpo

El hombre y la mujer experimentan el equilibrio y la armonía de la integridad de su cuerpo, que les permite el dominio de sí mismo para vivir en la libertad plena. Esta experiencia de la integridad del propio cuerpo orienta las relaciones mutuas entre ambos en la inocencia, entendida como pureza de intención, ausencia de maldad. Cada uno percibe en el otro la complementariedad de su persona. *Su inocencia le permite experimentar la desnudez sin vergüenza, porque no hay maldad entre ellos.* Por esta inocencia, sus cuerpos son reflejo de su interioridad. En su complementariedad, se descubren el uno para el otro como un don. Y precisamente acogiendo ese don y haciéndose a su vez don para el otro, van a encontrar su plenitud. Ésta es la dimensión esponsal del cuerpo humano. El hombre y la mujer se convierten el uno para el otro en un don, una ofrenda sincera, en la que la unión conyugal es la expresión de una sintonía y comunión personal íntegra, en todas las facetas de la persona.

En ese estado de equilibrio, de armonía e integridad, el hombre y la mujer perciben y toman conciencia de que son un don del Creador: entre todos los demás seres creados, ellos son los únicos

a los que Dios ama por sí mismos y no en función de otros seres. Esta percepción de sí mismos como don (imagen y semejanza del Creador) les lleva a reconocerse también como don para su "otro yo". Percibe al otro también como don, como fin en sí mismo, que no puedo reducir a un objeto para propio provecho porque tiene una dignidad inviolable, que merece un respeto incondicionado. Este respeto es consecuencia y expresión de su inocencia.

En contraste con esta situación, el mismo texto del libro del Génesis nos presenta más adelante el cambio drástico y dramático que experimentan nuestros primeros padres tras el pecado original. Con la misma sencillez leemos: «Abriéronse los ojos de ambos, y entonces viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos cinturones» (Gén 3, 7). Cuando el hombre y la mujer sucumben ante la prueba (en el lenguaje metafórico de la Biblia, el árbol del bien y del mal), se produce en ellos un desequilibrio profundo que rompe la armonía en que han vivido hasta ese momento. Ese desequilibrio (el pecado original) afecta a su interioridad y también a su cuerpo, en todas sus dimensiones, incluyendo su sexualidad. Se produce un cambio radical en el interior del hombre y de la mujer, que afecta a su relación con Dios, con el resto de la creación y, de manera particular, a la relación entre el hombre y la mujer.

Llegamos así a lo que podríamos denominar el realismo antropológico de la visión católica sobre el hombre y, en específico, sobre el cuerpo humano. Por encima de reducciones simplistas de quienes pretenden desacreditar la profundidad y sabiduría de esta visión creacionista, y más allá de la visión romántico-naturalista, estos textos, de apariencia simple, contienen un mensaje existencial, accesible a todas las personas abiertas a la verdad, que por otra parte concuerdan con nuestra experiencia cotidiana. El cuerpo humano es la expresión de nuestra interioridad; nos permite entrar en una comunicación personal con los demás. Pero todos experimentamos la división interior entre las aspiraciones más nobles y las tendencias más bajas (lo que llamamos concupiscencia), por lo que necesitamos dominio para vivir en la armonía propia de nuestra dignidad humana, sin dejarnos llevar por las tendencias instintivas más fáciles.

El cuerpo humano en los Evangelios

Jesús ratifica la visión que el Antiguo Testamento nos ofrece sobre el hombre y sobre el cuerpo humano, y la amplía llevándola a su plenitud. Lo hace con sus palabras, con sus actos y sobre todo con su testimonio de vida. Desde el momento en que Dios decide entrar en nuestra historia haciéndose hombre, asumiendo un cuerpo humano, nos está revelando el inmenso valor y dignidad del cuerpo a los ojos de Dios. La visión maravillosa sobre el hombre y su cuerpo que hemos visto a la luz de la creación, no

era suficiente para el amor de Dios. Las torpezas con que los seres humanos hemos ido empañando aquella visión, motivaron la iniciativa divina de la venida de Jesús, que se hace hombre para revelarnos quién es el hombre a los propios hombres, y cuál es la dignidad de nuestra vida. Con su vida, su mensaje y sus obras, Jesús nos redime, nos alcanza la liberación de todo lo que empobrece, rebaja y denigra la vocación de cada ser humano. Ésta es la realidad de la redención realizada por Jesús.

Jesús ha redimido a todos los hombres y a todo el hombre. El cuerpo humano participa de la redención. Cada ser humano está llamado a vivir en plenitud la dignidad querida por el Creador, a recuperar el equilibrio y la armonía consigo mismo, con la creación y con los demás. Este proceso se realiza desde el interior del hombre. La naturaleza humana no se modifica, pero la gracia redentora de Jesús (la fuerza salvadora que Él nos alcanza) eleva esa naturaleza y nos descubre todo lo noble de que es capaz. El hombre redimido sigue experimentando la concupiscencia, la división, el desequilibrio y desorden de sus facultades. Pero cuenta en su interior con los recursos para vencer esa concupiscencia y vivir en el dominio de sus tendencias. De esta manera, la redención viene a ser una regeneración, una nueva creación.

Cuando el hombre descubre esta realidad, cuando deja que esta gracia de la redención penetre en su interior en el encuentro personal con el mensaje y la persona de Jesús, surge el hombre nuevo, renovado, redimido. Se produce un reordenamiento en todos los ámbitos de la persona (psicología, criterios, valores, voluntad) hasta el ámbito físico-somático. La realidad de la redención se traduce en una nueva visión de la propia vida, y en una nueva manera de relacionarse consigo mismo y con los demás. Este maravilloso proceso es lo que podemos denominar como la redención del cuerpo, es decir, la nueva visión del cuerpo humano que nos revela Jesús.

Esta redención del cuerpo entraña en primer lugar una nueva manera de comprenderse a sí mismo. Efectivamente, el hombre recobra la armonía, el orden y el equilibrio de toda su persona, por encima de los conflictos y crisis tan frecuentes en nuestra cultura (el hombre que se ve a sí mismo como una pasión inútil). No es el momento de extenderse en este punto, pero es comúnmente aceptado que muchas patologías y trastornos actuales tienen su causa en esos conflictos existenciales en que vive tanta gente y que tienen su repercusión somática. Por el contrario, cuando se recobra esa armonía profunda, se refleja también en el buen estado físico.

Pero, sobre todo, *la redención del cuerpo renueva nuestras relaciones con los demás.* El hombre no ve a los demás como una amenaza potencial (un lobo para el mismo hombre), ni bajo el esquema explotador-explotado o como una víctima de sus traumas infantiles. Por encima de todo esto, reconoce a cada persona como un ser creado por amor, para amar, y redimido por

el amor incondicional e inagotable de Dios. Cada ser humano es presencia de ese amor y reclamo para entablar una relación personal ambientada en el respeto a su dignidad personal. Mi cuerpo es un don personal para los demás, lo mismo que el cuerpo de los demás lo es para mí. En el cuerpo de cada ser humano, descubro su presencia personal que reclama mi respeto, mi colaboración y solidaridad fraterna. Así como la redención del cuerpo se muestra en la armonía interior de la persona, en la convivencia social, se debe manifestar en la paz que brota del respeto, y que hace prevalecer la comprensión mutua sobre toda forma de recurso a la fuerza o la violencia.

Este nuevo modo de orientar la convivencia con los demás se presenta de manera particular en el campo de la sexualidad humana. En las palabras y en la vida de Jesús, descubrimos la dignidad y nobleza que para Él tiene la sexualidad, y que se expresan en la valoración que hace del matrimonio y la vida conyugal, y al mismo tiempo en la nueva forma de entender la pureza. Hay dos pasajes especialmente significativos:

Y se le acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, le dijeron: ¿Puede uno repudiar a su mujer por un motivo cualquiera?

Él respondió: ¿No habéis leído que el Creador, desde el comienzo, los hizo varón y mujer, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne?

De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre.

Dicenle: Pues ¿por qué Moisés prescribió dar acta de divorcio y repudiarla?

Díceles: Moisés, teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así.

Ahora bien, os digo que quien repudie a su mujer —no por fornicación— y se case con otra, comete adulterio.⁷

Y en otro pasaje añade:

Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio.

Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón.⁸

Jesús bendice el matrimonio, en el que se realiza la entrega y la unión conyugal entre el hombre y la mujer. Cuando Jesús hace referencia a las palabras del Génesis, podemos decir que confirma la dimensión creacional del cuerpo humano, o sea, el plan original del Creador sobre el hombre y la mujer. Pero, de nuevo, Jesús nos invita a abrirnos a la visión nueva que Él nos revela y a la que nos capacita para vivirla. Los interlocutores de Jesús le presentan la realidad del divorcio admitido en la Ley de Moisés, y con ello parece que quieren comprometer al Maestro a asumir la realidad del divorcio frente a las dificultades reales de la vida matrimonial. A lo largo de la historia, hasta nuestros

días, siguen apareciendo estos interlocutores de Jesús, que parecen recordarle que la vida humana, y en particular la vida matrimonial, tiene una complejidad que no se puede idealizar.

En realidad, nadie conoce las dificultades de los hombres, y no sólo en este campo de la vida conyugal, mejor que Jesús. Pero la respuesta de Jesús no es la de una compasión malentendida, que rebaja la dignidad del hombre y de la mujer ante los problemas. La respuesta de Jesús es la de reafirmar esa dignidad, y en lugar de rebajar sus exigencias, alcanzarnos la gracia, las fuerzas que nos capaciten para vivirlas. Al referirse al principio, Jesús alude a ese estado originario del hombre y la mujer en el que gracias a su integridad (estado de equilibrio y armonía) vivían en la inocencia, la ausencia de maldad, que les permitía vivir en desnudez sin experimentar la vergüenza. *Jesús quiere mostrarnos que la experiencia de la redención del cuerpo, esa nueva visión del propio cuerpo y el de los demás, nos permite superar la maldad con que la concupiscencia enturbia el campo de la sexualidad, y recobrar de alguna manera ese estado de integridad.*

La redención del cuerpo significa la superación del estado pecaminoso del hombre (el hombre que se ha visto despojado del equilibrio y armonía original de su persona), por el que éste ha perdido el sentido límpido del significado sponsal del cuerpo, en el cual se expresa el dominio interior y la libertad del espíritu. Este nuevo significado redentor del cuerpo se alcanza mediante el dominio del propio cuerpo. El hombre realiza la gradual experiencia de la propia dignidad y, mediante la templanza, atestigüa el propio autodomínio y demuestra que realiza lo que en él es esencialmente personal. A través del dominio de sí, a través de la templanza de los «deseos», se revelan las posibilidades y las disposiciones más profundas y, no obstante, más reales de la persona, cuando adquieren voz los estratos más profundos de su potencialidad, a los cuales la concupiscencia de la carne, por decirlo así, no permitiría manifestarse. *La pureza de corazón se explica, a fin de cuentas, con la relación respetuosa hacia el otro sujeto, sin reducirlo a objeto.* La pureza es exigencia del amor. Es la dimensión de su verdad interior en el corazón del hombre.

Nuevo sentido de la pureza

Decíamos que la redención del cuerpo, que nos ha alcanzado Jesús, nos permite también entender de una manera nueva la pureza. La tradición hebrea consideraba la pureza como el resultado de una serie de prácticas principalmente exteriores. Las abluciones prescritas en el Antiguo Testamento pretendían preservar a los fieles judíos, individual y comunitariamente, de todo lo que significase contaminación inmune. Se mezclaban así motivos morales, sociales e incluso higiénicos para conservar la pureza en sentido amplio. Cuando estas prácticas quedan prescritas en los libros sagrados, adquieren el carácter de ritos.

Por esta razón, los fariseos desarrollan una visión formal y externa de la pureza.

Jesús tiene una visión mucho más respetuosa del cuerpo humano, y mucho más elevada de la pureza moral. Ve en el corazón, en lo íntimo del hombre, la fuente de la pureza y también de la impureza moral, en el significado fundamental y más genérico de la palabra.

No es lo que entra por la boca lo que hace impuro al hombre; pero lo que sale de la boca, eso es lo que le hace impuro...lo que sale de la boca procede del corazón, y eso hace impuro al hombre. Porque del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias; pero comer sin lavarse las manos, eso no hace impuro al hombre.⁹

Jesús no anula la ley hebrea sino que le da su significado profundo y auténtico. Este sentido nuevo de plenitud propuesto por Cristo consiste en recuperar el sentido originario querido por Dios sobre el cuerpo humano. El ideal que Jesús nos propone no es utópico. Jesús tampoco pretende una especie de puritanismo. Nadie conoce como él la naturaleza y el corazón humano, su fragilidad existencial que le permite ser el hombre más comprensivo y compasivo de la historia. Pero tampoco conoce nadie como Él las posibilidades reales y los ideales sublimes de que es capaz el hombre y la mujer cuando descubren el sentido de su vida y de su cuerpo como vocación al amor. Él nos alcanza su gracia con la que nos asegura que el amor prevalece por encima de las tendencias concupiscentes del hombre y de la mujer. *La gracia acogida y correspondida con el dominio del propio cuerpo permite al hombre y a la mujer vivir la pureza evangélica como plenitud del amor en la entrega sincera mutua y recíproca.*

Lo erótico y lo ético

Las reflexiones anteriores nos permiten analizar y revisar el término "eros". Lo primero que tenemos que señalar es que este término posee diferentes significados. Normalmente, se refiere al atractivo que experimenta el hombre hacia la mujer, y viceversa, y con frecuencia se reduce sólo al aspecto sexual. El sentido original que le da Platón, de cuyas obras heredamos este concepto, es más amplio. El «eros» representa la fuerza interior que arrastra al hombre hacia todo lo que es bueno, verdadero y bello. La experiencia sexual sería sólo una manifestación de aquella tendencia.

La llamada a lo que es verdadero, bueno y bello significa, en la perspectiva de la redención de Jesús, la necesidad de vencer lo que se deriva de la concupiscencia humana. Significa también la posibilidad y la necesidad de transformar aquello sobre lo cual ha pesado fuertemente la concupiscencia de la

carne. Las palabras de Jesús significan que lo erótico y lo ético no divergen entre sí, no se contraponen mutuamente, sino que están llamados a encontrarse en el corazón humano y a fructificar en este encuentro. *Es digno del corazón humano que lo que es erótico sea al mismo tiempo verdaderamente ético.*

Tendemos a considerar las palabras de Jesús sobre la «concupiscencia» (sobre el «mirar para desear») exclusivamente como una prohibición de la esfera erótica. Con frecuencia, nos contentamos sólo con esta comprensión, sin tratar de descubrir los valores realmente profundos y esenciales que esta prohibición encierra, es decir, asegura. No solamente los protege, sino que los hace también accesibles y los libera, si aprendemos a abrir nuestro «corazón», hacia ellos.

Los criterios éticos brotan del descubrimiento y reconocimiento de unos valores cuya validez tiene la fuerza de orientar nuestro comportamiento. En el campo erótico, estos valores emergen del significado esponsal del cuerpo y la auténtica dignidad del don. Ésta es la tarea del espíritu humano, de naturaleza ética. Si no se asume esta labor, la misma atracción de los sentidos y la pasión del cuerpo pueden quedarse en la mera concupiscencia carente de valor ético, y el hombre, varón y mujer, no experimenta esa plenitud del «eros», que significa el impulso del espíritu humano hacia lo que es verdadero, bueno y bello, por lo que también lo que es «erótico» se convierte en verdadero, bueno y bello.

El cuerpo humano y el arte

El cuerpo humano manifiesta la riqueza de la persona también bajo el aspecto estético, y refleja la belleza trascendente de cada ser humano. Por esta razón, el cuerpo humano se convierte en tema frecuente de las obras de arte, desde la pintura, la escultura, la misma danza y el teatro, hasta la fotografía y el cine. Es admirable, por ejemplo, la calidad artística de las esculturas del período clásico de la cultura griega. De alguna manera, han venido a ser referencia y fuente de inspiración de grandes creaciones artísticas de todas las épocas. Pensemos en el Renacimiento, en donde artistas como Leonardo o Miguel Ángel, partiendo de los cánones clásicos, realizan sus obras maestras en las que nos permiten asombrarnos y admirar la belleza de la figura humana. El artista ha logrado captar las diferentes facetas del cuerpo humano, como la armonía, la potencia, el dinamismo, el equilibrio, y las ha enriquecido con su genial inspiración, plasmándola en su creación artística. La contemplación del David, la *Gioconda* o los frescos de la Capilla Sixtina nos permite asomarnos al misterio del ser humano materializado en estas obras de arte. Todas estas creaciones artísticas captan ese virtualismo del cuerpo, y bajo el aspecto estético ennoblecen todo lo que es humano.

En nuestra cultura, los medios de comunicación nos posibilitan tener acceso a ese rico acervo de las creaciones artísticas pertenecientes a las diferentes épocas. Facilitando su difusión, pueden ser grandes aliados del arte y la cultura. Además de ser medios de difusión, las nuevas tecnologías de comunicación ofrecen nuevas y poderosas formas de creación artística. Es lo que ocurre con la fotografía, la televisión y el cine. Es clara la valiosa contribución de estos nuevos medios tecnológicos al arte y la cultura. Pero también es evidente que el tema del cuerpo humano se presenta frecuentemente en estos medios de una manera indigna de la persona, difundiendo lo que podríamos llamar culto a la apariencia física, que es muy diferente de la auténtica belleza de las personas en la que el aspecto físico es sólo un elemento más. Por esa especie de consumismo de la apariencia, estos medios nos presentan públicamente imágenes y escenas que corresponden a la esfera más íntima de las personas. Por ello, el cuerpo del hombre y sobre todo de la mujer, que debieran ser la expresión de su persona, se transforman en objetos de exhibición pública anónima, que en lugar de ayudar a entablar unas relaciones personales auténticas, se convierten en instrumentos fácilmente manipulables. Hay una amplia gama de estas manifestaciones, hasta llegar a las formas más burdas e inaceptables como la pornografía.

Se plantea así el problema de la relación que debe existir entre los valores estéticos, al tratar el tema del cuerpo humano, y los valores éticos. *El valor estético de las obras de arte tiene que ir acompañado por su valor ético.* La ética no pretende restringir, coartar o limitar la creación estética, sino más bien orientarla para que no se desvirtúe. Por eso, todo lo que hemos expuesto sobre la dignidad del cuerpo tenemos que aplicarlo ahora al campo del arte.

El cuerpo humano, en su desnudez, posee un profundo significado vinculado con la persona. Representa toda la riqueza personal del sujeto expresada en ese cuerpo, del cual nunca es lícito desvincularlo. La desnudez del cuerpo humano, en su masculinidad y feminidad, está orientada a convertirse en un don esponsal, es decir, en esa comunión conyugal que expresa la complementariedad y entrega mutuas, como expusimos antes. Ahora bien, cuando el cuerpo humano en su desnudez se convierte en tema de creación artística, se toca ese carácter de intimidad orientado a la donación esponsal. La intimidad de la persona adquiere ahora un carácter público, como sucede por ejemplo en la fotografía o el cine. El cuerpo, incluso el rostro de la persona, pierde su carácter personal para venir a ser un objeto público exhibido de manera indiscriminada, expuesto al abuso del público anónimo. En nuestra realidad de seres humanos expuestos a la concupiscencia, el pudor y el respeto surgen como reacciones que tienden a preservar aquel significado esponsal y oblativo del cuerpo, y a respetar la intimidad de la persona. Cuando en una obra de arte se viola el derecho a la intimidad del cuerpo y se rebasan los límites del pudor y el respeto, se desvirtúa esa obra.

En nombre de la libertad de expresión y de un supuesto realismo sin tabúes ni censuras, se pretende legitimar el derecho a hacer del cuerpo humano en su desnudez tema de producción artística sin ningún tipo de criterio normativo o restricción. Pero es precisamente ese realismo, es decir, la verdad completa sobre la persona, el que crea los límites claros que reclama la dignidad de la persona, y que no es lícito sobrepasar. Estos límites deben ser reconocidos y observados por el artista que hace del cuerpo humano objeto, modelo o tema de obra de arte o de reproducción audiovisual. Ni él ni otros responsables en este campo tienen el derecho de proponer o actuar de manera que otros hombres, invitados o admitidos a ver, a contemplar la imagen, violen esos límites junto con ellos o a causa de ellos. Se trata de la imagen, en la que lo que en sí mismo constituye el contenido y el valor profundamente personal, lo que pertenece al orden del don y del recíproco darse de la persona a la persona, queda, como tema, desarraigado de su auténtico sustrato, para convertirse, por medio de la comunicación social, en objeto e incluso, en cierto sentido, en objeto anónimo.

Por lo tanto, la verdad integral sobre el hombre, constituye el criterio de valoración ético también en el campo estético, es decir, artístico. Esta verdad sobre lo que es más personal e interior en el ser humano, a través de su cuerpo y de su sexo, crea esos límites éticos que no debe sobrepasar ningún otro interés estético ni de otro orden. El cuerpo humano en su desnudez es manifestación de la persona que se entrega totalmente y que espera una donación recíproca en la comunión sponsal. Toda representación artística debe respetar este ámbito, y no rebajarlo ni desfigurarlos.

De esta manera, la ética se convierte en aliada de la estética, en el sentido de que el respeto de la verdad integral sobre el ser humano motiva la inspiración y genialidad artísticas, más allá de lo que podríamos llamar el consumismo de la imagen. Cuando el artista sabe conciliar estos dos ámbitos, el ético y el estético, engendra obras cuya contemplación nos permite concentrarnos sobre la verdad total del hombre, sobre la dignidad y la belleza de su masculinidad y feminidad. Estas obras *tienen en sí, como escondido, un elemento de sublimación*, que conduce al espectador, a través del cuerpo, a todo el misterio personal del hombre. En contacto con estas obras aprendemos, en cierta forma, ese significado sponsal y oblativo del cuerpo, que corresponde y es la medida de la pureza de corazón.

La resurrección

Hemos visto, hasta ahora, cómo el mensaje cristiano sobre el cuerpo humano está lleno de estima y respeto hacia la dignidad de la persona, y nos ofrece un camino de crecimiento hacia una vida plena. Pero esta visión cristiana no termina aquí: culmina con la esperanza de la Resurrección. La inmortalidad del alma humana es una aspiración e intuición propias de nuestra

naturaleza racional, que ha tenido diferentes maneras de entenderla y formularla a lo largo de la historia. Según Platón, el cuerpo es la cárcel del alma; después de la muerte, el alma queda liberada y perdura eternamente separada del cuerpo. Nuestra fe, que se basa en la palabra y el testimonio de Jesús, nos responde a las dos preguntas centrales: en qué consiste la Resurrección, y cómo será nuestro cuerpo resucitado.

Jesús nos habla de la Resurrección en el siguiente pasaje, en que una facción del pueblo hebreo cuestiona la resurrección del cuerpo:

Aquel día se le acercaron unos saduceos, esos que niegan que haya resurrección, y le preguntaron:

Maestro, Moisés dijo: Si alguien muere sin tener hijos, su hermano se casará con la mujer de aquél para dar descendencia a su hermano.

Ahora bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero se casó y murió; y, no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano.

Sucedió lo mismo con el segundo, y con el tercero, hasta los siete.

Después de todos murió la mujer.

En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será mujer? Porque todos la tuvieron.

Jesús les respondió: Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios.

Pues en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo.

Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios cuando os dice:

Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es un Dios de muertos, sino de vivos.

Al oír esto, la gente se maravillaba de su doctrina.¹⁰

Jesús nos enseña que la Resurrección consistirá en una nueva manera en que nuestro cuerpo recobre la vida mediante su reunión con el alma espiritual. La vida eterna que Dios ha querido para los hombres no es sólo la sobreviviente del alma espiritual, sino la regeneración del cuerpo, transformado y regenerado por el alma, superando así la corrupción de la muerte. Dios es un Dios de vivos, es el autor y dueño de la vida. El hombre había perdido el don de la inmortalidad a causa de la primera caída. Pero la muerte no es la última palabra en la existencia del hombre. Dios, fiel a su alianza con nosotros, se manifiesta como el que puede devolvernos la vida después de la muerte con el mismo poder con que nos creó. El Dios de la creación es también el Dios de la Resurrección. Él es el único que no está atado por la ley de la muerte, dominadora en la historia terrena del hombre. Jesús mismo nos lo confirma con sus palabras y sobre todo con su propia muerte y resurrección, que es un acontecimiento de fe, pero también es un acontecimiento histórico.

El Catecismo nos lo explica de esta manera:

La "resurrección de la carne" significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros cuerpos mortales volverán a tener vida.¹¹

¿Qué es resucitar? En la muerte, separación del alma y el cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús.¹²

En ese mismo pasaje, Jesús responde a la pregunta sobre cómo será la vida de resucitados, y de qué manera recobrará la vida nuestro cuerpo:

Los hijos de este siglo toman mujeres y maridos. Pero los juzgados dignos de tener parte en aquel siglo y en la resurrección de los muertos, ni tomarán mujeres ni maridos. Ya no pueden morir y son semejantes a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección.¹³

La resurrección, según las palabras de Jesús, significa no sólo la recuperación del cuerpo y el establecimiento de la vida humana en su integridad, mediante la unión del cuerpo con el alma, sino también un estado totalmente nuevo de la misma vida humana. El alma se volverá a unir al cuerpo conformándolo de una manera nueva. Cuerpo inmortal, espiritualizado, por encima de las leyes físicas (ingrávido, transparencia perfecta del alma superando las limitaciones de la materia). La resurrección significa una nueva sumisión del cuerpo al espíritu, en la integridad y armonía plenas.

El Catecismo de nuevo nos explica:

¿Cómo será la Resurrección? Cristo resucitó con su propio cuerpo: "Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo" (Lc 24,39); pero Él no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en Él "todos resucitarán con su propio cuerpo, que tienen ahora", pero este cuerpo será "transfigurado en cuerpo de gloria", en "cuerpo espiritual".¹⁴

Encontramos un pasaje muy ilustrativo en las cartas del apóstol San Pablo a los corintios:

Pero dirá alguno: ¿cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no revive si no muere. Se siembra en corrupción y se resucita en incorrupción. Se siembra en ignominia y se levanta en gloria. Se siembra en flaqueza y se levanta en poder. Se siembra cuerpo

animal y se levanta cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, también lo hay espiritual.¹⁵

La Resurrección es el estado de plenitud que Dios quiere para el hombre, y constituye la realización plena de lo que hemos denominado redención del cuerpo. El hombre que acoge el don que Jesús nos ofrece, participa con Él en su Resurrección, que es el triunfo de lo más noble del hombre sobre la concupiscencia y la corrupción a las que estamos sometidos durante nuestra vida terrena. Esta esperanza, sostenida por la certeza de la fe, corona el sentido de la dignidad del cuerpo humano.

¹ Juan Pablo II, Catequesis, 1980-1981

² Génesis 1, 26-28

³ Génesis 2, 7

⁴ Génesis 2, 18-23

⁵ Génesis 2, 25

⁶ Catecismo de la Iglesia Católica

⁷ Mateo 19, 3-9

⁸ Mateo 5, 27-28

⁹ Mateo 15, 18-20

¹⁰ Mateo 22, 23-33

¹¹ CIC 990

¹² CIC 997

¹³ Lucas 20, 34-36

¹⁴ CIC 999

¹⁵ I Corintios 15, 42-44